

**MORENTE, Francisco, Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo, Madrid, Síntesis, 2006, 559 pp., ISBN 84-9756-373-5.**

**SESMA LANDRÍN, Nicolás, En busca del bien común, Biografía política de José Larraz López (1904-1973), Zaragoza, Biblioteca Aragonesa de Cultura, 2006, 222 pp., ISBN 84-8324-111-0.**

Las biografías están de moda, y para comprobarlo basta con recordar algunas de las publicadas recientemente sobre protagonistas políticos del siglo XX español, como *Largo Caballero*, de Juan F. Fuentes; la reedición de *Alejandro Lerroux. El emperador del Paralelo*, de Álvarez Junco; *Niceto Alcalá-Zamora*, de Julio Gil Pecharrromán; *Ramiro Ledesma*, de Ferrán Gallego (todas ellas editadas por Síntesis); *Federica Montseny*, de Susanna Tavera (Temas de Hoy) e Irene Lozano (Espasa Calpe); *Pasionaria*, de Juan Avilés (Plaza y Janés) y Santiago Carrillo (Ediciones B); *Juan Negrín*, de Ricardo Miralles (Temas de Hoy), Gabriel Jackson (Ediciones B) y Enrique Moradiellos (Península); *Lluís Companys*, de Carles Bonet; *José M. Gil-Robles*, de Miquel Ardíd (las dos en Ediciones B), o sobre los generales republicanos *Juan Hernández Saravia*, de Aroca Mohedano (Oberón) y *Vicente Rojo*, de José A. Rojo (Tusquets). Aparte de las inevitables revisiones de la figura de Franco, las semblanzas de grandes intelectuales (Unamuno, Machado, Ortega) o las muchas dedicadas a las vivencias de activistas políticos menos conocidos o víctimas de la represión. En ese afán biográfico creo que confluyen varias tendencias distintas, desde el regreso de la narración política y la onda larga de la “nueva” historia cultural –que contribuye a superar la clásica percepción político-

psicológica del personaje a favor de su contextualización socio-cultural– a las crecientes exigencias editoriales y de mercado.

A ese interés por las biografías se ha sumado, en la última década, un interés renovado por las derechas en general y por el franquismo en particular, no sólo por sus conflictos políticos internos, sino cada vez más por sus distintos proyectos ideológicos y culturales. Fruto de ello es la reciente aparición de dos libros sobre personalidades del régimen muy distintas por su origen, carácter y evolución: Dionisio Ridruejo y José Larraz, un “falangista” y un “católico” si nos ceñimos a las taxonomías habituales del periodo. Pero que, puestos así juntos, dan una idea bastante exacta de lo que fue el nacimiento del franquismo como una coalición reaccionaria y de los mecanismos que utilizó para perpetuarse y conservar el apoyo de sus bases sociales gracias a un complejo entramado de intereses personales y colectivos. Dos biografías que se acercan a su objeto de estudio, como veremos, de maneras diferentes.

Francisco Morente, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona, especialista en la cultura y socialización política bajo los regímenes fascistas, es autor de *La escuela y el Estado Nuevo. La depuración del magisterio nacional, 1936-1943* (1997), *Libro e moschetto. Política educativa y política de juventud en la Italia fascista, 1922-1943* (2001) y coeditor, con Ferrán Gallego, de *Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo* (2005). Morente se ha acercado a la vida apasionante de Dionisio Ridruejo con una mirada “filológica”, llevando a cabo un análisis textual y contextual, crítico y diacrónico, del personaje a través de sus palabras y sus obras. De este modo consigue situar a Ridruejo en su circunstancia histórica, y

sin duda una de las virtudes del libro está en la amplia y excelente información que ofrece sobre el franquismo de los años cuarenta y cincuenta, no tanto de los sesenta y primeros setenta, donde el interés decae sensiblemente.

Pero, sin duda alguna, la mayor aportación del libro consiste en la “deconstrucción” filológica del personaje en dos niveles: el Ridruejo que fue, de verdad, y el que era cuando reinterpreto su propio pasado, cuando se estaba “reinventando a sí mismo, recomponiendo el proceso evolutivo que le había llevado del nacionalsindicalismo y la admiración por Hitler a sus nuevas posiciones inequívocamente democráticas” (p. 468). Las llamativas autocensuras que hizo a partir de 1964 en sus libros de (casi) memorias, censurando sin aviso párrafos enteros de sus artículos de las dos décadas anteriores, entre ellos los fundamentales «Excluyentes y comprensivos» (*Revista*, 17 de abril de 1952) y «Meditación para el 1º de abril» (*Arriba*, 1 de abril de 1953), nos dicen mucho de lo que pensaba Ridruejo en los primeros años cincuenta, pero también una década después. Y desmienten su interpretación a posteriori: que tras su viaje a Italia y en 1951 estaba ya radicalmente distanciado de sus posiciones originarias, que le parecía vaga y retórica la presunta síntesis falangista entre los valores nacionales y tradicionales con los sociales y revolucionarios.

Morente entra de lleno en la polémica sobre los presuntos “falangistas liberales”, sobre los cuales afirma en un pasaje del libro que “uno no acaba de estar seguro de si suben o si bajan” (p. 397), y de paso en un debate mucho más general, el que enfrenta historia y memoria, reconstrucción historiográfica y juicios morales. Y deja clara su posición: que no es de recibo la justificación avanzada por Ri-

druejo al escribir que, dadas las circunstancias y para sacar adelante el programa del grupo (según él, la democratización paulatina del régimen desde dentro), hubo que modular el mensaje en función del lugar y del destinatario, de lo que “resultaron no pocas ambigüedades” (p. 395). Porque de ser cierta, “a fuerza de camuflajes tácticos, se corría el peligro de quedar completamente mimetizado con el paisaje dominante, hasta el punto de hacer irreconocible la supuesta intención inicial” (p. 403). Para Morente la posición “comprensiva” de Ridruejo mantenía determinados objetivos de su fe falangista originaria, aunque con medios ajustados a la nueva realidad histórica, pues era evidente que ya no tenía sentido plantear la revolución nacional como una década antes, en los tiempos de *Escorial*. Sólo así es posible entender muchas de las cosas que hicieron él y sus amigos políticos, Laín, Tovar y los otros “ridruejos”, en definición de Franco, pero también Ruiz-Giménez, desde el Ministerio de Educación Nacional (1951-1956).

Es aquí donde el libro se muestra más contundente y original, en la senda renovadora de la historia cultural e intelectual trazada con maestría por Santos Juliá y Jordi Gracia, a quienes debe mucho este libro. Y por lo mismo, por la contundencia de esa mirada “externa”, es aquí donde muestra sus mayores limitaciones. En el empeño deliberado de evitar cualquier tentación de empatía con el biografiado, pese a no mostrarle en ningún caso antipatía, Morente realiza un ejercicio historiográfico necesario e higiénico, pero incompleto. Las posiciones de Ridruejo mostraban proyectos diferentes dentro del franquismo, actitudes incluso enfrentadas en temas como la integración nacional de los vencidos o la función de los intelectuales y la cultura, pero no sólo.

En ocasiones el —necesario, repito— ajuste de cuentas con el pasado de Ridruejo queda envuelto en juicios morales que, sin embargo, ocultan la generosidad de una evolución y la dureza de una autocrítica cuyos méritos sí pueden reconocerse “por contraste”, sin que eso les reste valor, precisamente porque todo comportamiento moral se valora inevitablemente contrastándolo con otros. Estoy de acuerdo con el autor en la importancia que da a los años 1954-1956 en esa trayectoria y, al igual que Santos Juliá, en que aquélla tomó impulso más de la definitiva derrota política de los “ridruejos” y “ruiz-giméneces” que de cualquier posible examen de conciencia iniciado previamente. Otra cosa bien distinta es tratar de entender, más allá de juicios morales, a una persona enfrentada con su propio pasado y dar sentido a sus acciones.

Nicolás Sesma Landrín, investigador del Instituto Universitario Europeo (IUE) de Florencia, recibió en 2003 el V Premio de Investigación para Jóvenes Investigadores de la Asociación de Historia Contemporánea (revista *Ayer*, 53, 2004) por un artículo sobre el Instituto de Estudios Políticos, tema de su tesis doctoral. Su biografiado, José Larraz, un miembro de la ACNP y economista, tenía muy poco en común con Ridruejo salvo en que ambos sirvieron al mismo régimen durante el mismo periodo. El revolucionario totalitario y el funcionario pragmático, el idealista generoso (y peligroso) y el ambicioso algo cínico, pero tranquilo, convivieron bajo el mismo palio nacionalcatólico y se alejaron de él por caminos divergentes. Uno rompiendo pública y ruidosamente, sin abandonar su pasión política, el otro con indiferencia sorda y desencantado por la intromisión de esa misma política en las grandes cuestiones del Estado, para dedicarse primero a sus

negocios y luego a la realización de una magna obra sobre el “bien común” inspirada en la filosofía escolástica, el corporativismo catolicismo y la unidad de las ciencias en una síntesis superior. Igual que en los años treinta, como si nada hubiera cambiado y la *Pacem in Terris*, Juan XXIII o el Concilio Vaticano II no hubieran existido.

La vida de Larraz es una parábola de muchos católicos de su generación, incorporados al catolicismo político en los años treinta de la mano de Herra Oria y la ACNP, marcados por la dura experiencia de la guerra —aunque vivos gracias al respeto del gobierno republicano por el asilo diplomático— y colaboradores de un régimen que les dio poder y privilegios, pero que no les permitió llevar a cabo sus programas de “alta política”, ni de hegemonía cultural ni, al menos durante largo tiempo, de reorganización administrativa e institucional. Es verdad, como señala Nicolás Sesma, que el franquismo sólo retrasó la incorporación a Estado de técnicos cooptados por criterios de eficacia y no de pertenencia política (p. 197), cortando una línea que venía de la Segunda República y la Monarquía liberal, pero discrepo cuando distingue claramente entre esos técnicos como Larraz y los “tecnócratas” opusdeístas (p. 193). Creo, al contrario, y siguiendo la interpretación de Alfonso Botti, que éstos no surgieron de la nada y que existe una línea que parte de las iniciativas de los jesuitas a principios de siglo y, pasando por la ACNP, llega hasta la fortuna del *Opus Dei* tecnocrático en los años sesenta y primeros setenta.

El estudio de Sesma está muy bien documentado, encuadra con brevedad pero con eficacia el momento histórico y se mantiene lejos de cualquier tentación de identificarse con el personaje, ni siquiera

de ofrecer un retrato psicológico como ha sido norma en la gran tradición biográfica anglosajona. Por eso mismo llama la atención que aparezcan, de forma más o menos implícita, juicios algo acrílicos que van desde el desafortunado título – una cosa es el bien común a secas y otra diferente la doctrina católica del “bien común”, así entre comillas– al presunto “alejamiento” del régimen motivado por su acercamiento a la causa de la restauración monárquica en la persona de Juan de Borbón. Es evidente que “Larraz nunca llegó a romper de manera definitiva con el régimen”, vista su plena disponibilidad a retomar una cartera ministerial (p. 155), por más que utilizara la sorna aragonesa para referirse al “Caudillo” y a su escaso conocimiento de los asuntos económicos. Y es bastante menos evidente, por el contrario, que “el dilema del colaboracionismo o la inhibición frente a la dictadura” dividiera profundamente a la ACNP y, menos aún, “al conjunto del movimiento católico español” (p. 134).

Pero, en general, el autor no deja de señalar los enormes límites del europeísmo “tecnocrático” de Larraz –por mucho que el conservador *Le Figaro* le presentara nada menos que como «*Le Jean Monnet espagnob*– y de sus proyectos intelectuales, desde la reforma de la Academia de Ciencias Morales –echando en cara a un colega el pecado de solicitar la conmemoración de *El espíritu de las leyes* de Montesquieu– hasta su ya citada *summa* filosófica sobre ese oscuro objeto de la doctrina social católica que llaman “bien común”. Y es que incluso para los católicos de su generación el franquismo fue un Saturno que devoró a sus propios hijos, o ahogó en la mediocridad talentos indudables como el del joven Larraz para la política hacendística, pero también para la historia económica como demuestra su

excelente trabajo sobre *La época del mercantilismo en Castilla (1500-1700)*.

**Javier Muñoz Soro**

**IBÁÑEZ ORTEGA, Norberto y PÉREZ PÉREZ, José Antonio, Ormazábal. Biografía de un comunista vasco (1910-1982), Madrid, La Torre Literaria, 2005, 433 pp., ISBN. 84-933199-2-9.**

La biografía del dirigente comunista vasco Ramón Ormazábal, *Orma*, aquí presentada es mucho más que la biografía de un político. En efecto, a lo largo de su estudio los autores presentan un panorama general de toda una época de la historia europea y española del siglo XX dispuesto en tres niveles simultáneos. En la historia social y política del País Vasco se inserta la acción política del partido comunista que durante muchos años tiene al frente a uno de los más destacados y duraderos dirigentes de ese partido, en muchos aspectos un prototipo de esa misma ideología. Norberto Ibáñez y José Antonio Pérez trazan con pulso firme y claro la trayectoria valiente y a menudo conflictiva de Ormazábal, afrontan los momentos más difíciles del Partido Comunista y su líder y analizan críticamente las decisiones políticas adoptadas en los diversos períodos, puesta la atención en los diferentes puntos de vista en juego.

Sobre todo en sus primeros capítulos, el libro es una historia de la fertilidad del comunismo vasco, de sus múltiples e importantes dirigentes en el comunismo español –Ibárruri, Uribe, Hernández, Larrañaga, Errandonea y Zapirain, entre otros–, de sus desdichas y de su sacrificio, a veces ejemplar, al servicio de su causa. Es de destacar, sin embargo, que esta nómina de dirigentes no haya aboca-